



Bookshelf

1999

[Introduction to] Educando a Fernando: cómo se construyó De la Rúa presidente

Ernesto Seman

University of Richmond, eseman@richmond.edu

Follow this and additional works at: <https://scholarship.richmond.edu/bookshelf>



Part of the [Leadership Studies Commons](#)

Recommended Citation

Seman, Ernesto. *Educando a Fernando: cómo se construyó De la Rúa presidente*. Buenos Aires: Planeta Espejo de la Argentina, 1999.

NOTE: This PDF preview of [Introduction to] *Educando a Fernando: cómo se construyó De la Rúa presidente* includes only the preface and/or introduction. To purchase the full text, please click [here](#).

This Book is brought to you for free and open access by UR Scholarship Repository. It has been accepted for inclusion in Bookshelf by an authorized administrator of UR Scholarship Repository. For more information, please contact scholarshiprepository@richmond.edu.

ERNESTO SEMÁN

EDUCANDO A FERNANDO

*Cómo se construyó
De la Rúa Presidente*

F
2849
.S463x
1999

PLANETA
Espejo de la Argentina

Is he the President?

El estaba en el mostrador, paralizado, de espaldas a nosotros, murmurando algo con la empleada en un suave, lento y precario inglés. “¿No está aquí? ¿Está segura? ¿No podría hablar con alguien del Gobierno alemán?”

Y, aún de espaldas, en una voz casi inaudible, hacia su hombre más cercano: “¡Qué extraño...! ¿Usted chequeó la reunión con la embajada?”. “Ayer a la noche fue la última vez, doctor. No sé qué decir, doctor, voy a llamarlos... algo extraño debe haber pasado”, respondió, mientras discaba nerviosamente en su celular.

Cinco menos diez de la tarde, 29 de enero de 1999. Lobby del elegante, sofisticado y antiguo Hotel Belvedere, construido al pie de la montaña en el pequeño pueblito de Davos, en los Alpes suizos. Fernando de la Rúa iba bien con ese entorno. El hogar a leña coloreaba la palidez de su cara; el frío en la calle enrojecía la punta de su nariz. Los anteojos sin marco daban un toque de modernismo en esa cara clásica, y aligeraban sus facciones. Ahora, tenía su sombrero alpino verde en la mano izquierda –el poco pelo gris cuidadosamente arreglado–, el sobretodo y los guantes puestos. Aun cuando no era alemán ni suizo, sus rasgos eran definitivamente circunspectos; europeos.

No tenía salida. Se dio vuelta y nos miró como si estuvie-

ra por pedir ayuda. "Parece que todavía no están, ella está tratando de averiguar... quizás hubo un cambio de horario, porque «él» no está en el hotel."

"El" era Gerhard Schroeder, canciller de la República Federal Alemana, y estrella indiscutida del World Economic Forum (WEF), el Foro Económico Mundial que se reúne anualmente en el centro de esquí de Davos, Suiza. Una reunión donde nunca pasa nada, y cada vez menos, pero en la que se dan cita para conversar sobre "los temas de agenda" las celebridades políticas y económicas de todo el mundo, en su necesidad de ser parte de algo, quizás una suerte de establishment global.

Y, quizás por primera vez de modo tan frontal, De la Rúa empezaba a entender que el mundo VIP también tenía clases.

Acababa de ganar la interna abierta de la Alianza ante Graciela Fernández Meijide en noviembre de 1998, y éste era su primer viaje al exterior como candidato a presidente de la Argentina.

Había sido un recorrido de diez días por Alemania y Suiza. Y si bien ya había estado en Bonn y Munich tres días antes, las estrictas reglas de protocolo del Gobierno alemán habían hecho imposible que se encontrara con Schroeder: el señor Canciller nunca recibe de local a un candidato en visita oficial; sólo jefes de Gobierno o jefes de Estado.

Pero las reglas de protocolo también entienden de política. El Gobierno alemán sabía que Carlos Menem estaba terminando sus dos mandatos que sumaban diez años como presidente, y que De la Rúa era un candidato moderado con expectativas ciertas de reemplazarlo. Por lo que decidieron acordar una visita extraoficial: De la Rúa lo vería a Schroeder en Davos, donde cerraría las sesiones del WEF. Finalmente, lo que De la Rúa quería era tomarse una foto con él.

Los infatigables *tours* alrededor del mundo para tomarse fotos se convirtieron en una parte esencial de las campañas políticas. Los candidatos podían matar por una foto, si

creían que la misma podía tener algún peso, y si los diarios de Buenos Aires mostraban disposición para imprimirla en sus páginas.

Había incluso un ranking que dependía del blanco escogido. El premio mayor era el Presidente de los Estados Unidos. Apenas medio paso atrás, el Papa. Y luego se abrían dos grupos, en un mismo nivel. En uno se reunían los jefes de los organismos financieros internacionales, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. El otro agrupaba a los jefes de Estado y Gobierno de Europa, sobre todo, Inglaterra, Francia, Alemania, España e Italia. Y había un último nivel con un puñado de personalidades, políticos, banqueros, actores y deportistas de todo el planeta.

Las campañas presidenciales de 1989 y 1995 fueron los primeros ensayos. Como candidato, Carlos Menem había viajado a Europa dos veces en 1989, y una a los Estados Unidos. Y también había hecho lo mismo su contendiente, el radical Eduardo Angeloz.

En 1995, Menem fue por su reelección. Ya no necesitaba de los viajes de campaña; como presidente había visto a todos los que quería ver. Y su oponente de entonces, José Bordón del Frepaso, había estado dos años en los Estados Unidos como consultor del Inter American Dialogue: eso le daba suficiente roce internacional.

Pero esta vez era diferente. En los últimos meses, De la Rúa y Eduardo Duhalde habían esparcido en los diarios y revistas argentinos fotos suyas con todo el mundo. Muchas de ellas tomadas fuera del país, otras en Buenos Aires.

Los empleados de la embajada italiana todavía recuerdan la presión ejercida por los asesores de Duhalde para obtener una cita con el presidente del Gobierno italiano, Massimo D'Alema, quien había llegado a Buenos Aires el 24 de junio de 1999 a la reunión de la Internacional Socialista (IS), una organización a la que Duhalde no pertenecía ni quería pertenecer. Había obtenido finalmente su encuentro con D'Alema —una estrella con peso en la comunidad italiana en la Argentina—: fueron sólo cuatro minutos, entre la sesión final

de la IS y la reparadora siesta que necesitaba. Pero el día después, el candidato peronista podía mostrar su imagen en los jardines de la embajada italiana, cristalizada en un flash lo que parecía ser una profunda y amigable conversación.

No todo el mundo sabe cómo hacerlo, pero De la Rúa y su gente habían desarrollado un sexto sentido en este tema, para atrapar las oportunidades que se les cruzaban en el camino. Su máximo logro fue la foto con el papa Juan Pablo II, el 27 de setiembre de 1998. El entonces precandidato había viajado a Italia sólo para verlo a él en el palacio de Castelgandolfo, la residencia de verano de Su Santidad. El personal del Vaticano lo había llamado la noche anterior a la jornada señalada, diciéndole que tenía su cita. De la Rúa, su mujer, Inés Pertiné, dos de sus tres hijos y su nieta, fueron a Castelgandolfo, seguidos por la prensa en una *van*.

Habían pasado diez minutos del comienzo de la reunión, la prensa recién se acomodaba para la larga espera, cuando De la Rúa salió de la cita.

—¿Cuánto duró la entrevista, doctor?

—Bueno, no sé, no tomé el tiempo. Pero supongo que deben haber sido unos diez minutos.

La oficina de prensa del Vaticano dijo luego que la charla había sido de unos cinco minutos.

Pero las normas de rigor en el Vaticano no le habían permitido a De la Rúa entrar con su fotógrafo. Y a fin de remediarlo, el personal de protocolo le entregó a la comitiva del precandidato una copia de la cinta de video que el canal de la RAI asignado al salón de Su Santidad había grabado.

Así, el equipo de prensa de De la Rúa pudo ver la entrevista entera. Había durado un minuto cuarenta segundos.

El Papa entra al salón, y su secretario privado presenta a De la Rúa: “El es De la Rúa, intendente de la ciudad de Buenos Aires, y candidato a presidente de la Argentina...”.

—Oh, Argentina, Argentina... Buenos recuerdos —dijo Juan Pablo II.

—Santo Padre, he venido aquí a darle mis respetos y los de mi pueblo —pronunció De la Rúa con solemne devoción,

mientras le entregaba un libro de gran porte sobre la Argentina. Hubo poco más hasta que el Papa empezó a darse vuelta rumbo a la puerta por la que acababa de entrar.

—¡Y ésta es mi nieta! —alcanzó a agregar, casi gritando.

—Ah, Argentina, Argentina... —dijo el Papa, acarició la cabeza de la criatura y desapareció de la habitación, y también de la pantalla.

Eso había sido todo. Pero no importaba, como tampoco importaba semejante viaje para un encuentro de cien segundos. Su imagen con Juan Pablo II, tomada de la borrosa copia de video, estuvo impresa el sábado en toda la Argentina: “De la Rúa se reúne con el Papa”.

Las cosas no fueron siempre así. *La Nación* —uno de los diarios más importantes de la Argentina— apareció en 1870, y poco después tomó una fuerte e inteligente decisión para fines del siglo pasado: abrirían la edición diaria con la información internacional. No era una elección accidental; hablaba también de una élite local abierta a las nuevas ideas en el mundo, que se negaba a que la Argentina fuera una aldea aislada, y se mostraban dispuestos a ser parte de las nuevas olas del siglo XX.

Como consecuencia de ello, *La Nación* —dirigida por el ex presidente Bartolomé Mitre— fue el espacio donde la *intelligentzia* de todo el mundo escribió sus artículos y expuso sus puntos de vista. No sólo Mitre, sino también el líder y poeta cubano José Martí, el poeta modernista nicaragüense Rubén Darío, Jorge Luis Borges, el escritor ruso León Tolstoi o el francés Emile Zola.

El país era una tierra de inmigración, y Buenos Aires estaba siendo construida por esa mano de obra: no sólo sus casas y granjas; también sus instituciones. Por aquel tiempo, la Argentina era un territorio de promesas, como lo eran Australia y Nueva Zelanda, por la importancia de sus *commodities* (carnes, maíz y trigo). Sus puertos eran puntos deseados por el comercio británico. Era usual comparar a Buenos Ai-

res con Nueva York, por su frenético ritmo de crecimiento y desarrollo.

Unos años antes, en 1847 y 1865, Sarmiento fue a los Estados Unidos. Alcanzó a ver el final de la guerra civil, y las armas de alta tecnología que lo impresionaron. E incluso llegó a presenciar el desfile de 200 mil soldados de la Unión, “un río de hombres, caballos, cañones y fusiles”. No buscó fotos ni reuniones deslumbrantes, miró dentro de la naciente sociedad americana con agudeza envidiable: “Al mismo tiempo que en Norteamérica han desaparecido las más feas úlceras de la especie humana, se presentan algunas cicatrizadas ya aun entre los pueblos europeos, y que aquí se convierten en cáncer, al paso que se originan dolencias nuevas para las que aún no se busca ni conoce remedio”.

Cuando regresó a la Argentina, desarrolló todo el sistema educativo y trajo a las famosas maestras, después de construir una relación de confianza con Horace y Mary Mann, padres de la educación en Estados Unidos. No tuvo fotos de todo ello, casi ni noticias en los diarios. Aun así, hoy hay una estatua de su enorme estirpe sobre el bulevar de la Commonwealth Avenue, en Boston, Massachusetts.

Pero la Argentina ya no es la tierra prometida sino, cuanto menos, la evidencia de un fracaso. Sus *commodities* han estado cayendo y cayendo en los últimos setenta años, sin que nadie imaginara una salida. Nuestra balanza comercial fue negativa en las últimas dos décadas. El ingreso per cápita en Australia y Nueva Zelanda es de 19 mil y 16 mil dólares, respectivamente. En la Argentina llega a 8.750. El producto bruto del Estado de Nueva York, por sí solo, es de 651 mil millones de dólares, casi el doble que el de toda la Argentina.

A su vez, la paridad del peso y el dólar recreó oportunidades económicas para salir del país. Tras años de reclusión, la gente pareció redescubrir el mundo una vez más. Pero esta vez en su superficie: supieron ahora cuán fácil era tomar una foto con gente famosa que suele aparecer en televisión. Montones de programas lo detectaron, y aprovecharon la extensa temporada baja que significaron los 90 en el turismo para en-

viar a sus reporteros a obtener saludos de Tom Cruise o Sandra Bullock después de los Oscars.

El país había cambiado. De la Rúa también lo sabía, y suponía que su aparición junto a un estadista internacional era importante para su campaña. Y sabía también que los diarios difícilmente publicarían un artículo sobre la gira de un candidato si no tenían asegurada la foto con una figura prominente.

El tan esperado encuentro con Schroeder estaba arreglado para las cinco de la tarde del 29 de enero, en el Hotel Belvedere, donde se alojaba con su equipo. Pero allí no había señales del Canciller, ni de sus asesores, ni de su prensa, ni de su protocolo, a no ser por las nada discretas medidas de seguridad alrededor del hotel, los inmensos hombres hablando solos con sus muñecas y sus corbatas y los detectores de metales en las puertas. Pero no era nada excepcional en un pueblo donde Yasser Arafat, Shimon Peres, Al Gore y Bill Gates habían sido invitados a una misma fiesta.

De la Rúa estaba en el lobby del Belvedere, sólo con Miguel De Godoy –su vocero, que aun marcaba números en su celular–, el economista Adalberto Rodríguez Giavarini, y seis periodistas de la Argentina, siguiéndolo en toda la gira, aburridos de sacar siempre las mismas respuestas a las mismas preguntas, sólo esperando otra sesión de fotos y las obvias palabras posteriores: “*No comments*” por parte del Canciller, y una larga descripción de su amistad y gustos comunes, quizás algún chisme previamente autorizado para filtrar a la prensa, por parte de De la Rúa.

Pero él le había preguntado a la mujer del mostrador por Schroeder: “¿No está aquí, está segura? ¿No podría hablar con alguien del Gobierno alemán?”. Y no estaba.

Tres minutos para las cinco. De pronto, algunos movimientos en la calle, autos de la policía. Quizás Schroeder estaba por bajar. Pero los policías y las sirenas pasaron de largo frente al hotel, y por la puerta principal no entró el canciller

alemán, sino un atildado hombre de la embajada argentina en Suiza. “Tendrá noticias de la reunión”, supuso De la Rúa de inmediato. Pero su gesto era de preocupación, las noticias no podían ser buenas. El funcionario adoptó un tono neutral y profesional, el cordial e impersonal tono de los diplomáticos: “Perdón, doctor, no quiero alarmarlo, pero el hotel en el que se aloja se está quemando, y no sabemos si su mujer está adentro”.

No fue pánico. Fue como sorpresa, desconcierto, pero también algo parecido al alivio. Su cara se puso blanca, y no preguntó nada más. “Vení conmigo”, le dijo a Giavarini, cuya cara repetía la de De la Rúa. “Usted quédese aquí”, le dijo a De Godoy. De la Rúa se calzó su sombrero alpino, abrió la puerta del hotel y salió a paso firme hacia las heladas calles de Davos. Recién entonces dio una mirada al reloj. Faltaban dos para las cinco.

El Hotel Schweitzerhof está a cuatro cuadras del Belvedere sobre la misma calle principal. Había 24 grados bajo cero, pero era un día soleado. Un cielo límpido, montañas blanquísimas, árboles y techos blancos alrededor y una delgada capa de hielo en la calle y en las angostas veredas.

De la Rúa caminaba silenciosamente, todo lo rápido que podía en esas condiciones, a 1700 metros sobre el nivel del mar. Una de sus manos fijaba el sombrero a la cabeza, la otra mantenía la bufanda alrededor de su cuello. Caminaba derecho, eludiendo las resbalosas zonas de hielo en su camino, cuando podía. Y aun cuando parecía preocupado, no se mostraba desesperado –considerando que su mujer podía estar en ese preciso instante entre las llamas– sino más bien serio y retraído, frío como el clima.

Giavarini iba dos pasos atrás, compartiendo silencio y frío, caminando junto al hombre de la embajada.

Cuando se aproximaron al Schweitzerhof, De la Rúa cambió. Sin conocimiento específico sobre incendios, lo que veía era que todo el hotel se estaba incendiando. Gruesas y oscu-

ras columnas de humo emergían de la fachada de madera hacia el incorruptible aire de los Alpes; chorros de agua de las mangueras de los bomberos, centenares de bomberos, policías y curiosos alrededor fue lo que vio desconcertado.

Repentinamente, el hombre de la embajada lo llamó hacia una esquina. Estaba hablando con algunas empleadas del hotel, mujeres que trabajaban en la lavandería.

–Todo está bien –dijo el hombre de la embajada en español, traduciendo las palabras de las mujeres a De la Rúa–. El fuego es sólo en la planta baja y el *fitness center*, cerca del sauna, que es donde empezó.

–¿Qué pasa con los pasajeros? –preguntó.

–Algunos de ellos salieron del hotel, y otros están en sus habitaciones –le dijeron–. Si quiere puede averiguar qué está pasando, vaya por la puerta de servicio, en la cuadra de al lado.

De la Rúa entró al hotel por la cocina, y siguió a una mujer hacia los cuartos. Había humo en el aire y un olor fuerte a madera quemada. Pero abriendo la puerta, aparecía el café del hotel. Podía decirse que la gente que estaba allí no se había dado cuenta de que el edificio se estaba quemando. Era una atmósfera tan tranquila que, cuando De la Rúa la atravesó hacia las habitaciones, alguna gente lo miraba extrañada desde sus mesas, tomando el té y la *patisserie* francesa. Luego de un instante, pareció que habían perdido el interés en ese hombre que actuaba como si el hotel estuviera en llamas.

Dejó atrás el salón y descendió hacia su habitación, en el primer subsuelo. Bajó cuidadosamente y giró a la derecha, directo a su dormitorio. Unos segundos después, desde el cuarto se escuchó: “Ay, Inés, estás acá! ¡Qué alivio!”. Y luego la puerta se cerró.

El candidato acababa de extinguir uno de los incendios, pero ahora tenía que apagar el otro.

¿Por qué De la Rúa hacía todo esto, en lugar de usar para algo más productivo su escaso tiempo? No era sólo por la foto. A los sesenta años, era ya un abogado y político de una for-

mación intelectual amplia. Algo enciclopedista tal vez, volcado sobre todo al derecho y la filosofía clásica, pero con una mente inquieta y un cierto disfrute por el rigor estoico que puede exigir la incorporación de una idea. Conocía el mundo por experiencias más enriquecedoras que la que estaba viviendo en ese momento; había pasado un año de su juventud en Europa que le cambiaría su visión de las cosas. Pero ahora había decidido actuar en política como un verdadero profesional. Sólo quien ha hecho de la política una profesión y de la vocación de poder su salario puede calibrar con precisión el momento exacto para dejar de lado la lectura y abandonar ese brillo que encanta pero no convoca.

Como buen líder formado en ideas conservadoras (aun cuando ahora barrenaba sobre la ola equivocada), pensaba la política en términos de relaciones personales e imágenes, más que en complejos procesos políticos. Había crecido en su partido como el solitario y eterno candidato, más que como el líder fuerte respaldado por sus seguidores. Importaban las personas y el trato humano, no el peso de los Estados y esa abstracción llamada “representación”.

Si Thomas Mac Larthy, el asesor de Bill Clinton, se encontraba con él para conversar sobre Colombia porque a Estados Unidos le preocupaba la narcoguerrilla –como ocurrió en Chile, durante un desayuno privado, el 15 de mayo de 1999–, él podía dar como toda respuesta, para asombro del asesor americano: “¿Pero qué problema puede haber con (el presidente) Andrés Pastrana? Lo conozco, y lo he visto dos veces, cuando él era intendente. Es un hombre honesto, un buen hombre”.

No había sociedad, poderes, intereses para defender ni causas para pelear, sino más bien buenos o malos sentimientos sobre algunos, y cosas que podían resolverse en una conversación franca. ¿Podría manejar un país difícil como la Argentina con esa idea de la política? En su cabeza, podía mensurar el peso de una reunión formal en un sentido distinto. Quizás no pensaba sólo en la prensa, quizás suponía que esas breves e ignominiosas visitas arrancadas a las agendas de los poderosos podían servirle en el Gobierno. Y quizás tenía razón.

El resto de la comitiva seguía en el lobby del Belvedere, esperando Dios sabe qué, y luego de un rato, decidieron seguir perdiendo el tiempo en el café del hotel, cerca del lobby. En fila, entraron en un salón en penumbras, la música no muy fuerte y un cierto aire relajado.

Mientras se acomodaban, un grupo de guardaespaldas apareció desde algún lugar y los escrutó. Se sentaron en unos sillones semicirculares que rodeaban unas pequeñas mesas ratonas. Pidieron cafés, *capucinos*, chocolates y gaseosas, mientras esperaban noticias de De la Rúa.

Repentinamente, oyeron risas y voces cerca de ellos, y un acento extraño. Era difícil enfocar la mirada a través de la difusa luz del salón, pero aun así, no había dudas sobre lo que estaban viendo: el hombre que estaba riendo en el rincón, con los anteojos de lectura puestos, agitando unos papeles en sus manos, era el canciller Gerhard Schroeder.

Había dos hombres sentados junto a él, hablando con quien parecía ser su jefe. Dos o tres guardaespaldas esperaban detrás del sillón de Schroeder, y otros recorrían el bar.

Nadie supo qué decir. Quizás todo era un malentendido, pero el hecho era que el hombre por el cual De la Rúa, sus asesores, el personal de la embajada y los periodistas habíamos estado esperando durante la última hora estaba allí, pasándola bien con sus amigos, tomando el mismo café fuerte que estaban tomando ellos unos metros más allá.

Oculto en su habitación del Schweitzerhof, quizás De la Rúa estaba imaginando una excusa para dar por el fracaso de su deseada cumbre, castigando a sus asesores por su torpe trabajo, sintiéndose mal por los titulares de Buenos Aires: “De la Rúa trata de hablar con Schroeder, pero se cancela la cita”, o “De la Rúa viaja a Europa y fracasa”. Y también las apostillas en la prensa internacional: “Ayer a la tarde, había un candidato a presidente de la Argentina esperando a Schroeder en la puerta del Belvedere. Decía que tenía un encuentro agendado con el Canciller desde hace dos meses. Los aseso-

res del candidato argentino pedían una explicación por la cancelación”.

“Es Schroeder, ¿no?”, preguntó uno. “Yo creo que sí”, dijo otro. Ahora, De Godoy estaba junto a Cecilia Felguerras, la secretaria de Promoción Social del Gobierno porteño, uno de los delfines de De la Rúa que había anudado una sólida relación con la familia del candidato y por entonces comenzaba a mostrarse públicamente. Ambos enrojecieron.

Igual que cuando se quemaba el hotel de De la Rúa, nadie sabía qué hacer. Rápidamente, De Godoy se adelantó: “No vayan a tratar de hablar con él, lo van a molestar”. Felguerras parecía perturbada. El resto se reía de la situación.

Casi como un juego entre los periodistas que estábamos allí sin saber qué hacer pero seguros de que no debíamos dejar pasar la ocasión, enfilé hacia Schroeder. Hablaría con alguno de sus asesores, y le diría que era un cronista del diario *Clarín* de la Argentina, que junto con otros colegas estábamos con un hombre que era candidato a presidente y que él tenía agendada una reunión con el Canciller. Y que lo único que queríamos era saber por qué se había cancelado, y una o dos preguntas sobre De la Rúa y la cumbre. En cuestión de segundos, tendríamos una nota, la razón de la cancelación y, más importante, un breve diálogo con Schroeder.

Todos menos el Canciller miraron a medida que me acercaba. El último que se dio cuenta de que llegaban visitas se dio vuelta y miró fijamente. “Yes?”, fue lo único que dijo para frenar la marcha.

Era una versión teutónica-y moderna de Antino. Rasgos perfectos, alto, flaco pero con unas anchas espaldas, el pelo corto, los ojos azules, algo de una cara de ángel. Hablaba en voz muy baja, en un suave inglés sin rastros del cortante acento alemán.

–Mire, yo soy periodista, de la Argentina...

Apenas terminé de pronunciar “periodista”, el asesor se alejó dos pasos del Canciller.

–Soy parte de un grupo de periodistas de la Argentina que vinimos aquí siguiendo a De la Rúa...

–...

–Bien, él había arreglado una reunión con el señor Schroeder a las cinco de la tarde, aquí en el hotel y... no ha habido reunión –alcancé a explicarle en un precario inglés.

–¿Una reunión? No, no. No ha habido ninguna reunión hoy...

–Sí, ya sé que no hubo ninguna reunión. Pero De la Rúa tenía planeado tener una.

–Pero, es extraño. Usted dice que... ¿cuál es el nombre?

–De la Rúa.

–¿Usted dice que De la Rúa tenía una reunión con Schroeder, hoy a las cinco?

–Bueno, “ellos” nos dijeron eso.

–Pero eso es imposible. El señor Canciller estuvo aquí, y él está repasando el discurso que tiene que dar a las siete en el WEF.

Ahora el asesor sonaba dudoso, pensativo. Desde la visión argentinocéntrica, resultaba imposible concebir que el jefe de Gobierno de Alemania pudiera haber olvidado una reunión con un argentino que está aspirando a ser presidente. Por alguna razón, luego de diez días de estar alrededor de De la Rúa, era fácil suponer que todo el Gobierno alemán lo estaba esperando para estrechar su mano.

–De todas maneras –continué–, yo quería saber si era posible hablar brevemente con el señor Canciller. –Pero él ya no escuchaba. Su mente se había quedado más atrás.

–Mire, déjeme averiguar algo. ¿Cuál era su nombre?

–¿El mío? –repregunté con ingenuidad, incapaz de pensar que no pudiera retener el del candidato.

–No, me contestó, el de la persona que quiere ver al señor Canciller.

—De la Rúa —contesté frustrado.

Pero todavía faltaba lo peor. Sin perder sus buenos modales, su voz impoluta y su inglés preciso, preguntó:

—*Sorry, but... Is he the President?*

El efecto fue devastador, como crecer de golpe. Quedaba claro lo que en verdad pasaba: a nadie en la delegación alemana le importaba De la Rúa, ellos ni siquiera sabían quién era, ni sabían quién era el presidente de la Argentina. Y nada de eso parecía afectar demasiado a Alemania. Quizá la reunión estaba confirmada, quizá no, eso no importaba mucho. En un segundo, con sólo cuatro palabras, pude percibir y sentir la distancia que separaba aquella vieja Argentina de ésta nueva: Ya no era Sarmiento, el viejo *La Nación*, la esperanza del mundo, la tierra prometida, sino un pequeño punto en una agenda, perdido en el olvido.

La política es la puesta en escena por excelencia, y espiarla desde atrás del escenario es atractivo y frustrante, como encontrarse a la última actriz de moda en el momento justo en que se sienta en el inodoro. No era la primera vez que me tocaba afrontarlo en ese mismo viaje. Dos días antes, estaba sentado junto a Domingo Cavallo, frente a una computadora en un pasillo del Centro de Convenciones. Esperaba para hacerle una entrevista y él seguía sentado frente a la pantalla en blanco, hasta que por fin confesó: quería ver la página en Internet del diario *Folha de São Paulo*, donde había salido un artículo suyo, y no sabía cómo navegar en Internet. “¿Usted no podría buscarme esa nota? Porque, si no, tengo que llamar a mi hijo en Buenos Aires y que me diga todos los pasos, pero no sé si a esta hora lo encuentro.”

Tuve que preguntarle varias veces hasta entender que él, la imagen misma del tecnócrata formado en el exterior, el funcionario que se había erigido para cierta clase media y profesional en ícono de la modernidad, en la última salvación para atar a la Argentina con las últimas ideas del siglo XXI, no sabía siquiera cómo abrir una página de Internet, un conoci-

miento que para ese entonces podía adquirirse en las pocas escuelas públicas que el mismo ministro había dejado en condiciones de mantener una computadora.

Ahora, junto a De la Rúa, la desilusión era aún peor. El malentendido no sólo mostraba la cara oculta de estos encuentros, relaciones virtuales producidas para el público de las que difícilmente pudiera haber beneficios reales para un país. También ponía en su verdadera dimensión el peso de la Argentina en ese establishment globalizado, una mirada que se pierde fácilmente en la convivencia con algunos dirigentes políticos y empresarios. “Siempre hay que recordar que el 99,7 por ciento del comercio mundial pasa por fuera de la Argentina”, había dicho unos días antes Rodolfo Terragno.

Buscando algo para decir, le expliqué que De la Rúa no era presidente, sino sólo un candidato, que el presidente era Carlos Menem.

—Ah, claro, disculpe —respondió.

Fue hasta donde estaba Schroeder, y llamó a alguien más. Hablaron, y un instante después, se acercó nuevamente.

—Perdón, ha habido un error. Nosotros habíamos hablado de esa reunión, pero yo no sabía nada al respecto. De todos modos, no estaba confirmada. ¿Usted sabe si él todavía está interesado en la reunión?

—Mire, permíname, pero yo sólo soy uno de los periodistas, y la verdad es que no tengo idea de si...

Pero, de nuevo, él no estaba escuchando, y seguía con su idea:

—Porque ellos podrían encontrarse aquí, antes del discurso, aunque... déjeme ver... eso será en sólo cuarenta minutos.

Decidí que si el alemán no aceptaba que no estaba hablando con la persona indicada, asumiría el trabajo como si fuera mi responsabilidad.

—Yo no hablé con De la Rúa, pero estaría absolutamente seguro de que él aún quiere ver al señor Canciller.

—Okey, si él está aquí ahora...

—No, el problema es que su hotel se quemó, y él fue volando para allá, buscando a su mujer.

—Ah, ah... y... ¿y ella está bien?

—Seguro. Podríamos llamarlo ahora, está a sólo cuatro cuabras.

—Bueno... pero podría ser muy tarde, déjeme conversarlo de nuevo.

Fue de nuevo hacia su rincón y volvió en pocos segundos. Ahora tenía un pañuelo blanco en su mano, con el que se secaba constantemente una pequeña herida en su pera recién afeitada.

—¿De la Rúa estará mañana aquí?

—Sí, se está yendo mañana, pero a la noche.

—¿Es seguro?

—Sí, e igualmente él podría rehacer sus planes si el señor Canciller decide hablar con él.

—Okey, porque pienso que hoy va a ser muy difícil. Pero mañana, el señor Canciller tiene una conferencia de prensa a las nueve de la mañana. Es de 9 a 9.50, en la sala de convenciones, y nosotros nos vamos inmediatamente, volvemos a Bonn. Pero podría ser después de la conferencia de prensa en el mismo Centro de Convenciones. No será mucho tiempo, pero...

—Bueno, me parece bien, pero mejor confirmo la hora con la gente de De la Rúa.

Para entonces, yo buscaba a alguien que verdaderamente trabajara con De la Rúa: Felgueras miraba la escena con inquietud. Ella se acercó, hicimos las presentaciones del caso y le supliqué que llamara a De la Rúa.

Mientras tanto, la teutónica versión de Antino aprovechó para presentarse. Su nombre era Béla Nikolai Anda, tenía treinta y seis años, y era el segundo vocero de la Cancillería alemana. También había sido periodista, había trabajado como delegado en Hamburgo del diario alemán *Bild* y había escrito una de las primeras biografías de Schroeder, un año antes de que éste llegara al gobierno. Agregó que no era miembro del Partido Socialdemócrata, ni de ningún otro partido de la coalición gobernante.

Felgueras todavía trataba de comunicarse a través del celular con De la Rúa, y Béla confesó: llevaba apenas unos días en el cargo, ése era su primer viaje al exterior con el Canciller. “Así que no quiero molestar mucho al señor Canciller, espero que usted entienda.”

Pero ésas eran sólo las palabras previas a lo que verdaderamente necesitaba decir: “La reunión será de unos pocos minutos, nosotros tendremos que salir rápido, pero será una excelente ocasión para tomarse una fotografía”.

“Tomarse una fotografía” no era sólo parte del protocolo, sino un tipo específico de reunión, quizás aquellas que la gente VIP sostiene con aquellos que aspiran a serlo.

Felgueras se comunicó finalmente con De la Rúa. Traducciones mediante, no hizo falta más de un minuto para coincidir: De la Rúa no tenía ningún inconveniente, y estaría puntualmente a la hora que le dijeran y en el lugar que le indicaran.

La charla terminó y la comitiva alemana abandonó el lugar a toda prisa. Apenas unos minutos después, a cinco cuerdas de allí, Schroeder subía al escenario del Centro de Convenciones de Davos.

El Canciller no era tan nuevo en el cargo como su funcionario de prensa, pero ésos eran sus primeros pasos como un jefe de Gobierno alemán perteneciente a la socialdemocracia, luego de quince años de hegemonía socialcristiana, quienes siempre se habían llevado mejor con el mundo de las finanzas, al menos hasta los 90. El había asumido hacía noventa y dos días, sucediendo al enorme –en el sentido literal– Helmut Kohl. El presidente del foro lo presentó brevemente como “el Canciller de Alemania”, y Schroeder bromeó: “Después de todos estos años, cada vez que alguien dice «aquí está el señor Canciller», yo me doy vuelta buscando al gordo detrás de mí”.

Luego, habló de educación –un valor que había que mejorar–, de Estado de bienestar –algo que ya había cumplido su misión–, de impuestos –cómo reducirlos y cortar a la vez el gasto público–, y de mercados regionales –la esperanza eu-

ropea y el futuro en el mundo—. Un discurso que De la Rúa, Duhalde, Kohl y un líder de cualquier partido de centro podrían compartir.

La reunión con De la Rúa fue al día siguiente. Todo salió a la perfección. Schroeder terminó su conferencia de prensa, y un grupo de sus hombres lo llevó hacia el salón rosado, donde lo esperaba De la Rúa junto a su mujer. Se dieron la mano y se palmearon las espaldas como viejos amigos —imposible detectar en sus caras cuán desconocidos eran el uno para el otro—, se acomodaron frente al fotógrafo, y luego entraron al salón. Dos minutos y diez segundos después, aparecieron por la misma puerta.

Schroeder declinó hacer alguna declaración a la prensa: tal como tenía planeado, fue hacia la salida y desde allí se dirigió hacia el aeropuerto. De la Rúa se quedó unos minutos más conversando con la prensa; estaba verdaderamente feliz.

Después de todos los esfuerzos que había hecho, De la Rúa no había podido ingresar a la reunión con su propio fotógrafo, así que la imagen había sido registrada por el fotógrafo oficial del Foro. De la Rúa parecía pensar en esa imagen: eran las 10.15 en Suiza, y las 5.15 de la mañana en Buenos Aires. Lo que significaba tiempo más que suficiente para transferir en archivos electrónicos a través del océano su sonrisa y la de Schroeder, y luego imprimirla en los diarios que saldrían al día siguiente.

Inocentemente, una joven de la organización del Foro se acercó y le comentó a De la Rúa que el fotógrafo era muy bueno.

—¿Y qué tenemos que hacer para tener las fotos y enviarlas a Buenos Aires? —preguntó el candidato.

—Yo puedo arreglarlo —dijo la joven—. Supongo que él traerá las fotos mañana por la tarde y enseguida se las alcanzo —agregó en su aire desinteresado.

Hubo un profundo silencio. Los periodistas argentinos parecían no entender. Pero De la Rúa había comprendido per-

fectamente, y estaba demudado. Hizo un gran esfuerzo por mantenerse calmo.

—¿Mañana? Pero... ¿no podría ser hoy? —preguntó espantosamente asustado.

—No lo creo, doctor. Nosotros contratamos el fotógrafo a través de France Press, por lo que él envía la foto a París, y ellos a su vez nos la reenvían a nosotros.

De la Rúa no prestó atención a toda la explicación. Sólo pensó en los diarios de la Argentina. Todo estaba hecho, ya nada podía cambiarse. Cada segundo de los últimos diez días parecían desperdiciados irremediabilmente.

—¿Y no hay, aunque sea, una forma de enviar la foto desde París directo a Buenos Aires?

Pero la joven sólo se atenía a sus ritmos, y no parecía impresionada por el rostro ansioso de De la Rúa.

—Absolutamente imposible —dijo con tranquilidad—. Pero no se preocupe, si usted ya no está aquí mañana, nosotros guardamos las fotos para incluirlas en nuestro libro anual, y se la entregaremos el año próximo. Quizás entonces ya sea presidente.